

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, AL FIRMAR EL  
MENSAJE DE PROYECTO DE LEY QUE CREA  
LA UNIVERSIDAD DEL SUR

OSORNO, 30 de Enero de 1993.

Señoras y señores:

En verdad, las palabras del Intendente, y muy especialmente las del señor Rector de la Universidad, abarcan todo lo fundamental que se podría decir en este acto. Permítanme algunas reflexiones complementarias.

En primer lugar, mi satisfacción por poder impulsar este proyecto de ley, que espero se convierta pronto en Ley de la República, que transforma este Instituto Profesional, que tiene una experiencia de largos años y que ha demostrado espíritu de superación, en la futura Universidad de Los Lagos.

Los procesos de democratización de las sociedades entrañan, entre otros factores, un incremento progresivo de la participación de la gente en la conducción de la sociedad, en enfrentar sus problemas, en buscar soluciones, en impulsar el crecimiento, en promover un mejoramiento de las condiciones de vida de toda la sociedad. Y junto con este proceso de crecimiento de la participación, un proceso de democratización supone un incremento de la capacitación de la gente para cumplir esas tareas.

Participar no es limitarse a opinar, no es limitarse a expresar anhelos, lo que Ortega y Gasset llamaba "apetitos con guitarra", necesidades muy sentidas, que se magnifican con altoparlante para demandar su satisfacción. Participar es encontrar caminos para resolver esas necesidades, no sólo diagnosticarlas, es también buscar sus causas, buscar las mejores formas de resolver los problemas. Y esto supone capacidad, preparación, conocimiento.

De este modo, dos procesos propios de la etapa que Chile está viviendo, se complementan de una manera muy significativa: el proceso de regionalización, que es expresión de un avance en la democratización de la sociedad, y el proceso de mejoramiento de la calidad y equidad de nuestra educación en todos los niveles.

Desde antiguo las regiones vienen demandando en Chile una mayor descentralización, cierto afán de autonomía, cierta queja contra el centralismo y el anhelo de que se les destine más recursos, y junto con destinarles más recursos se les otorguen más facultades para decidir por sí mismos sus problemas específicos.

Este proceso tiene larga data en la historia de Chile. Ya la Constitución del 25 hablaba de que las leyes propenderían a la progresiva descentralización del Estado y programaba unas Asambleas Provinciales que nunca se crearon. Algunos esfuerzos en el sentido de avanzar en un proceso de descentralización se efectuaron a través de la creación de las Oficinas Regionales de Planificación, dependientes de la Oficina de Planificación Nacional, ODEPA, en aquellos tiempos, que crearon por allá por los años, entre el 65 y 66, oficinas regionales que impulsaron un proceso de asesoría técnica a las Intendencias, para ir haciendo un diagnóstico de los problemas regionales y búsqueda de soluciones en el propio terreno.

Un paso importante se dio, sin lugar a duda, bajo el régimen militar, al establecer la división del país en regiones y lo consagró la Constitución del 80 al crear institucionalmente estas regiones y concebir un sistema de administración regional con poderes mayores.

Un nuevo paso acaba de darse con la reforma constitucional y luego la dictación de Ley Orgánica de Regionalización, que robustece el poder de gestión de las autoridades regionales y prevé una progresiva, y por etapas, transferencia de atribuciones propias de las autoridades centrales a las autoridades regionales. Tremendo desafío para las regiones. No basta con tener las facultades; hay que saber ejercerlas. No basta con tener los poderes; hay que tener capacidad para estar a la altura de esa tarea.

Yo confieso que personalmente creo que por la realidad chilena yo tengo ciertas aprehensiones sobre el grado de capacitación de las distintas regiones del país. Hay algunas que han logrado, desde antiguo, en un proceso largo, pienso en la V Región, pienso en la VIII Región, que ha sido un proceso de decenios, de medio siglo, fácilmente, que han ido adquiriendo una capacidad de gestión regional. Otras, y no necesito nombrarlas, por sus condiciones geográficas, por su bajo ingreso, por su aislamiento, se encuentran en situación más desmedrada y para ellas cumplir esta tarea de autonomía regional, aunque sea relativa, entraña un desafío mayor. Yo diría que esta X Región no se encuentra ni en el primero ni en el segundo caso. Se encuentra en una etapa intermedia.

Esta X Región tiene una identidad claramente definida. Se ha caracterizado durante largos años por una capacidad empresarial importante, por impulsar su crecimiento en las actividades económicas propias de su geografía. Los récords que esta región bate en materia de producción lechera, en materia de producción ganadera, que entrañan esfuerzos de selección, en otros rubros del sector agrícola, en el ámbito forestal, en el ámbito pesquero, revelan que esta región tiene un dinamismo propio que la capacita para estar a la altura del desafío de la regionalización.

Y esta región tenía una Universidad, la Universidad Austral, que ha hecho aportes valiosos para el desarrollo de ella, y este Instituto Profesional, que también ha colaborado en esa tarea.

Ahora, cuando se busca convertir a este Instituto en una nueva Universidad, se está trabajando en el ámbito de satisfacer el requerimiento a que antes me refería: poner a la región a la altura de su responsabilidad para la gestión de su propio desarrollo.

Una Universidad es un centro de educación superior, es el lugar donde el conocimiento puro se cultiva con la mira no sólo de saber más, sino de servir mejor. Ese conocimiento es indispensable para satisfacer las necesidades humanas, para resolver los problemas. Y el mundo moderno muestra, este mundo que estamos viviendo en estos días, de postrimerías del segundo milenio, muestra que cada día más el factor conocimiento es fundamental para el desarrollo de las naciones.

En otros tiempos, en las sociedades más o menos rurales o poco desarrolladas, el factor recursos naturales fue el fundamental para impulsar el crecimiento de esas sociedades. Una Nación muy bien dotada de recursos naturales, con muchas riquezas en su territorio, tenía, en cierto modo, asegurado un futuro de esplendor. Con el tiempo a ese factor se agregó, con el desarrollo del proceso de industrialización, la existencia de capitales. No basta con tener recursos naturales, porque para cultivar esos recursos naturales y aprovecharlos debidamente hay que hacer fuertes inversiones, recursos financieros.

Y, entonces, la posesión del dinero pasó a ser el factor determinante del crecimiento de las naciones. Naciones no muy bien provistas de recursos naturales, pero con fuertes recursos financieros obtenidos por distintos mecanismos, pasaron a tener un rol rector en el mundo y pasaron, al mismo tiempo, a tener altos standard de desarrollo.

En nuestros días, sin que esos dos factores hayan perdido significación, recursos naturales, recursos financieros, cada día más el conocimiento, el dominio de las ciencias y consiguientemente de las técnicas, de la tecnología que deriva de las ciencias, porque no se inventa por casualidad, sino del conocimiento científico, es la base del desarrollo y crecimiento de los pueblos.

En mi reciente visita a algunos países del Asia, pude advertir con asombro cómo la educación es el factor básico del desarrollo asombroso de Japón, una educación exigente, una educación en que un niño egresado de la enseñanza básica sabe más matemáticas, por ejemplo, que en Chile un egresado de la enseñanza media, y tal vez tanto como un egresado de primer año de Ingeniería. Un ritmo de exigencia a los niños, para su preparación, que verdaderamente sobrepasa todo lo que nosotros conocemos. Y es que en el conocimiento se funda la generación de nuevas tecnologías que permiten transformar los productos, producir más barato y, en consecuencia, ganar los mercados y, por consiguiente, prosperar.

De ahí la importancia que tiene todo lo que estamos intentando hacer en el campo de la educación. Nuestro sistema educacional, del que en otros tiempos los chilenos nos sentíamos orgullosos y lo mostrábamos con satisfacción y con cierta dosis de vanidad, incluso, comparativamente con otras naciones de nuestro continente y aún del mundo europeo, hoy día deja mucho que desear.

Hay, sin duda, establecimientos educacionales muy buenos, pero el nivel medio es apenas regular, y es muy dramático ver que algunos hechos concretos. Primero, que el niño egresado de la enseñanza media, por regla general, si no logra entrar a la Universidad no está capacitado para nada, y el pobre empieza, a tientas, a buscar un camino sin saber qué hacer. Y es igualmente dramático ver que el rendimiento de los distintos establecimientos es tan diferente. Mientras hay establecimientos de que salen muchachos con un grado de capacitación bastante satisfactorio, que permite asegurar, en cierto modo, al alumno superior al medio que va a tener un buen resultado en la Prueba de Aptitud Académica y que va a ingresar a la Universidad, hay otros establecimientos que no logran que ni aun sus alumnos más aventajados sobrepasen con éxito la Prueba de Aptitud Académica.

Hay un abismo, por regla general, puede haber excepciones, entre la educación que reciben los niños de los padres que tienen recursos para pagar, que la de los niños, por muy bien dotados que sean, cuyos padres no pueden pagar.

Esto ha llevado al Gobierno a impulsar lo que hemos llamado el programa de mejoramiento de la calidad y la equidad de la educación nacional, puesto en práctica, en primer lugar, hasta ahora, en la enseñanza básica, que se está programando, con cooperación del Banco Mundial para el nivel medio, que tiende a mejorar la calidad general de la educación, pero, especialmente, la de los establecimientos más modestos, la de los establecimientos rurales o escuelas de poblaciones o sectores de gente generalmente la más pobre.

Este fenómeno también tiene un impacto regional, hay excepciones, pero generalmente los mejores establecimientos -y, repito, hay excepciones-, hay muy buenos establecimientos en

regiones y en provincias, pero por regla general el sistema educacional es mejor en la metrópolis que en el resto del país. Esto tiene que hacernos pensar.

¿Y a qué viene todo esto? Creo que ustedes me entienden perfectamente. La constitución y desarrollo de universidades regionales tiende a elevar la capacitación de la gente de la región para tener más conocimiento, porque le abre más oportunidades; tiende a poner a la región a pensar sus propios problemas, porque no concibo la universidad regional como una simple universidad igual a cualquiera otra, no se trata, sin perjuicio de la importancia que tiene formar pedagogos, pero no se trata simplemente de repetir las carreras profesionales tradicionales, y que en toda universidad se abre una Escuela de Derecho para formar abogados y una Escuela de Medicina para formar médicos, y una Escuela de Ingeniería para formar ingenieros, y una Escuela de Economía para formar economistas, y escuelas de pedagogía para formar profesores. Eso no satisfacer los requerimientos del desarrollo regional.

La universidad es la culminación del proceso educacional, pero es, al mismo tiempo, un centro de creación, donde funciona el talento, donde se profundiza en el conocimiento. Y, en consecuencia, una universidad regional junto con reunir en su seno lo mejor que tenga en calidad intelectual, la región, en las distintas especialidades, debe de algún modo especializarse en los problemas o las materias, porque no todo es problema, las materias, las perspectivas, las oportunidades propias de la región. En esta región, las oportunidades de la agricultura, de la silvicultura, de la ganadería, de la pesca. No se trata sólo de la profesión como medio de ganarse la vida; se trata de la disciplina científica como medio de conocer, de crecer, de encontrar nuevos caminos, de impulsar el desarrollo, de abrir nuevas oportunidades de actividades productivas.

Chile en los últimos años está creciendo. Este es un proceso que empezó de manera clara después de la crisis de los 80, 82. Yo diría que a partir más o menos del año 84 se viene produciendo un proceso progresivo de crecimiento de nuestra economía. Este proceso se ha traducido en un incremento grande de la producción nacional, en un incremento grande de las exportaciones, este proceso se ha incrementado en el curso de los últimos años, bajo mi gobierno, el año último hemos logrado un récord de crecimiento casi del orden del 10 por ciento, y este crecimiento, que se ha traducido en incremento de las exportaciones, que se ha traducido en mejoramiento de los rendimientos y mayor productividad de distintas actividades nacionales, no es naturalmente parejo, hay actividades rezagadas, hay actividades pioneras.

Y este crecimiento, para que sea continuo, para que se proyecte hacia el futuro, necesita, por una parte, que se garantice la estabilidad del sistema económico. Es una cosa que cuesta

entender para los que no somos economistas, que aún teniendo posibilidades de gastar más a menudo no se puede gastar más de ciertos límites, porque se corre el riesgo de que el mayor gasto se traduzca en desequilibrios que conduzcan a una inflación que destruya el esfuerzo creador.

Entonces, hay que trabajar en un esfuerzo y exige manejar simultáneamente el acelerador y el freno: el acelerador para impulsar el crecimiento con mayores inversiones, y el freno para contenerlas en el punto preciso de que no se desboquen y venga lo que los economistas llaman un recalentamiento de la economía, y la inflación se dispare. Porque la inflación rompe la base de credibilidad y frena las inversiones y, sobre todo, la inflación crea tremendas injusticias sociales, porque perjudica especialmente a los que viven de un sueldo, de un salario, que al reajustarse los precios a un ritmo superior al valor de sus remuneraciones, pierden poder adquisitivo y se hacen cada vez más pobres.

De allí el esfuerzo de crecimiento con estabilidad. Y en ese sentido, tenemos motivos para estar contentos con la forma como vamos, un crecimiento cercano a un 10 por ciento, con una inflación reducida el último año al 12,7 por ciento.

Y, al mismo tiempo, esto se traduce en otras cosas: disminución de la desocupación. La tasa de desocupación en nuestro país baja a niveles inferiores al 5 por ciento, lo que es francamente satisfactorio, aunque debemos tener clara conciencia de que estas estadísticas, que son serias y que son las mismas que se han aplicado históricamente durante muchos años, no reflejan claramente en su integridad el tema de la desocupación disfrazada, del que trabaja algunos días a la semana y que no tiene un empleo permanente o que no tiene un empleo plenamente productivo.

Pero nosotros hemos puesto mucho énfasis en complementar el crecimiento con la equidad. Entendemos que para que este proceso de crecimiento de nuestra sociedad, de nuestra economía, de nuestro Chile, sea sólido y estable, no sólo tiene que cumplir los requisitos que antes señalé, sino que tiene que orientarse de manera que toda la sociedad se sienta partícipe de ese mismo proceso. Es decir, que el fruto del crecimiento no se acumule en sectores minoritarios o en regiones especiales, sino que se distribuya equitativamente y llegue a todos los sectores sociales, y llegue especialmente a los que más lo necesitan, a los más pobres, a la gente más pobre a lo largo de todo el país, a las regiones más pobres en el territorio nacional, para que sean partícipes del crecimiento, para que tengan una calidad de vida humana.

De allí los programas sociales, de salud, de educación, de vivienda, de capacitación para el trabajo de los jóvenes; de allí los programas especiales para afrontar problemas de algunas regiones o de algunos sectores, como por ejemplo la reconversión

del carbón, una zona que se deteriora por la disminución de su capacidad productiva en condiciones modernas, eficientes, por el agotamiento del recurso de que ha vivido, que obliga buscar otros caminos, pero que entre tanto crea un problema de 12 mil trabajadores que tienen que seguir viviendo y tienen que tener fuentes de trabajo, y que han trabajado ellos, sus padres, sus abuelos, en el carbón, y que ahora se encuentran con que el carbón, por lo menos en esa región, específicamente en esa región, no les da para vivir.

¿A dónde voy en todo este razonamiento? El esfuerzo de crecimiento con equidad no da a cumplir plenamente sus objetivos -y estamos avanzando en esa dirección- si este país no mejora el conocimiento, el dominio de la ciencia, las tecnologías más modernas, la capacidad de crear nuevas tecnologías. Y este país tiene gente de selección. La verdad es que sin falsa modestia, y sin pedantería, los chilenos podemos exhibir con orgullo la cantidad de científicos, de profesores de alta categoría, de investigadores que trabajan en distintos países del mundo, en las naciones más desarrolladas, distinguiéndose y sobresaliendo. Tenemos materia prima, tenemos que cultivar esa materia prima.

Y ahí vuelvo: el sistema educacional es lo básico, y el sistema educacional culmina con la Universidad.

Luego, cuando esta X Región abre las puertas a la posibilidad de una segunda Universidad en ella, la Universidad de Los Lagos, y el Estado compromete su interés para el desarrollo de esta Universidad, está impulsando un proceso de crecimiento nacional en calidad humana e impulsando un proceso, en la región, de superación de la región.

El Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo cumpliremos nuestra tarea aprobando la ley, y en su oportunidad, en la medida de las posibilidades, destinando los recursos necesarios para el financiamiento, pero después, en lenguaje futbolístico, la pelota va a quedar en manos de ustedes. Son ustedes los que van a tener que jugársela y saber jugársela para hacer de esta Universidad efectivamente un instrumento de crecimiento, de progreso, de equidad, de superación para esta X Región y, por consiguiente, para Chile entero.

Muchas gracias y es lo que les deseo.

\* \* \* \* \*